

Por ti rezo en silencio

Cinco años atrás comenzaba el fin. Era otoño del 2018 y siento que fue hace más, mucho más. La encontraron unos vecinos de pura casualidad, sin color e inconsciente en la humedad de su terrenito en la Araucanía, y nunca supimos cuánto tiempo había pasado desde el momento en el que fue hallada hasta el momento de la embolia -colisión- cerebral.

Yo la recuerdo de ternura y buena para la risa, solitaria, en extremo sencilla, pero también anciana altamente discreta y de secretos tardíos que nunca terminó de contar. En una ocasión cuando yo aún era una niña, habló de los hombres crueles y las mujeres cínicas y orgullosas de su vida. También relató cuentos del Tue-tue típicos de su zona, hablaba de este animalejo con cara de macho anciano y alas horribles como si hubiese sido su mejor amigo y ella la recluta especial. Según mi abuela lo brujo se traía en los genes, así mismito como lo canalla. En otra ocasión también relató a modo de confesión, que mi papá era su hijo favorito, por ser la radical antípoda del que nunca fue su marido.

La recuerdo y la sigo recordando: linda en sus fotos antiguas, muy blanca, de extremidades largas y manos rotas por el trabajo de campo. Soñó con ser maestra rural y tocar el piano, en cambio le tocó ser madre soltera y labrar la tierra provinciana en los años dictatoriales. Los sueños juveniles se acaban tan pronto tus elecciones te obligan a crecer.

A veces pienso en ella y en cómo no volvió a ser la misma después del derrame. Se volvió de pronto más anciana y más niña, más de aire y arcillosa, silenciosa, dócil como en los mismísimos inicios humanos, una versión vulnerable de sí. La vejez llegó de golpe rompiendo su coraza y poquísimos arrojaron luces sobre la verdadera magnitud de aquella quebradura.

Fue un tiempo emocionalmente duro que se sintió como nadar en piscina de nata, un duelo silencioso esperando lo que no se puede evitar. Aún así y a pesar de la tristeza de la temporada, también recuerdo el amor solemne, pues Alicia seguía en mi imaginario parada de pie en el marco de la puerta mirando el cielo y anunciando lluvias. Había sido una persona muy respetable, totalmente sabia y de genio demasiado imperturbable como para despertar algún atisbo de lástima, al menos en mí nunca jamás. Y es que ella está marcada al medio de mi memoria

y al interior de mis genes, extendida en las líneas temporales de mi subjetividad de infante:

la abuela sabia que tenía algo de mística,

algo de santa,

algo de bruja,

y que jamás se terminaría de revelar.

Pasada la primavera llegó otra vez la realidad. De nuevo sola en su cotidiano de campo, preparándose para el trance final y en esta versión de cuerpo más enfermo e incapaz reconocerse en desdicha o gracia. Cuando la visitaba, se me venían a la mente varias hipótesis, pero siempre fue un misterio para mí saber en qué pensaba cuando no le salía el habla o cuando las palabras quedaban a medio reproducir porque simplemente se le atascaban. Se frustraba, pero optaba por reírse, a veces reíamos juntas y yo ya no quería ahondar ni dilucidar en nada.

Un día me dijeron que me parecía mucho a ella y tan solo años después me di cuenta de que algo más que razón hubo en aquellas palabras, y no precisamente por el pelo lacio o las venas verdes en las manos flacas, sino porque había heredado algo de su pena, no sé si por testigo o por sucesora. Sanar ha sido una palabra muy presente en mi diccionario, así como un proceso lento, arduo y hermoso de reconocer. Yo con mucha fuerza hubiese querido otro destino para la mayoría de las mujeres de mi genealogía, en especial para ella.

Durante la pandemia, en el mes de diciembre murió en su cama y en su campo al que tanto abrazó. Yo cada que la pienso le rezo un padre nuestro y le enciendo una velita imaginaria, porque, aunque no soy creyente, sé que a mi abuela Alicia así le hubiese gustado.